J. MALLOL y J. ROBERT

Música de besos

Sinfonía cómica en un acto

Estrenada en el Teatro Nuevo de Barcelona
la noche del 11 de Mayo de 1913

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1913

Música de besos

Adaptación española de IL BACIO

Sinfonía cómica en un acto

DE

J. MALLOL y J. ROBERT

estrenada en el Teatro Nuevo de Barcelona
la noche del 11 de Mayo de 1913



IMP. J. SANTPERE;
:VILADOMAT, 61:
:: BARCELONA ::

REPARTO

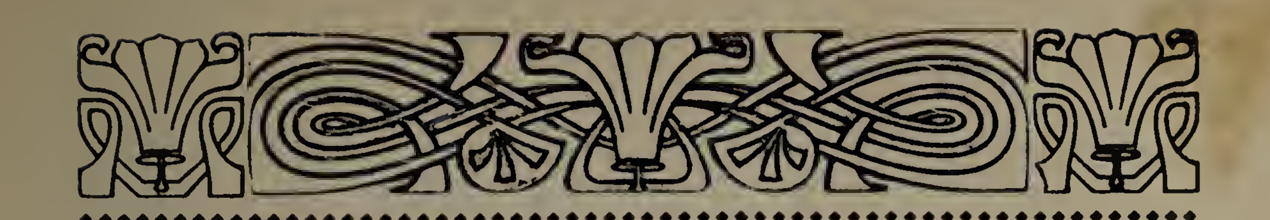
Personajes	Actores
Margarita, 20 años .	SRTA. MONTERDE V.
Don Jacinto, 60 años .	SR. MIR LUIS
Ernesto, 20 años . .	» OYA ALFONSO

Dirección escénica: LUIS MIR

La acción en Madrid. — Epoca presente

Derecha e izquierda, las del actor

Queda hecho el depósito que marca la ley.



Acto único

Un gabinete chiquito y elegante. A la izquierda una mesita con periodicos. Supímanse en absoluto los espejos en el decorado de la habitación. Puerta al fondo y laterales. Es de día.

ESCENA I

Margarita

(Sentada cerca la mesa Leyendo un periódico y comentando lo que lee.)

«La crisis del Ministerio», la noticia de todos los días; «Un concejal procesado», no me extraña poco ni mucho; «La subida de los comestibles», esto sí que me sorprende, porque hace tiempo que andan mucho más allá de las nubes; «La llegada de Primo... *(Tirando el periódico.)* Bueno, sí, de Primo de Rivera, es del único Primo que se ocupan los periódicos ¡cómo si no hubiera otros muchísimos primos en España! Ernesto, mi primito, debe llegar un día de estos y los diarios de la Corte sin enterarse; naturalmente que yo no voy a contárselo a los chicos de la prensa. Pobre Ernesto: dos años que no le he visto ¡Oh, el día de su llegada será uno de los más felices de mi vida! Le cogeré la mano así y le daré la mar de apretones, le daré un abrazo muy fuerte y le daré... ¿Qué le daré después del abrazo?.. Le daré...

ESCENA II

Margarita y Jacinto

Jacin. (*Aparece con un par de botas negras, un cepillo y una caja de betún negro. La cajita la coloca en cima la mesa, lo demás debajo. A tiempo.*) ¡Le darás betún a las botas!

Marg. ¡Oh, querido tío! ¿Qué trae usted aquí?

Jacin. Traigo los chismes, y le dices a la muchacha que las necesito para luego: como el charol, eh; como el charol. (*Por las botas.*)

Marg. Bien· y cómo ha pasado la noche, ¿ha dormido usted?

Jacin. Como un lirón; ¿y tú?

Marg. Regular, regular...

Jacin. ¡Diablo de chiquilla! Eso no puede continuar así; llamaremos al médico

Marg. No hace falta; ya sabe usted que no necesito medicinas afortunadamente. (*Riendo.*)

Jacin. ¡Lo de siempre! Yo prometo casarte con Ernesto; pero debemos esperar un año todavía

Marg. ¿Por qué tío? (*Suplicante.*)

Jacin. Porque tú no sabes siquiera lo que es eso del matrimonio: todo te parece color de rosa, y el matrimonio, hija mía como las operetas vienesas, tiene su vals de los besos; pero concluye casi siempre con el vals de las tortas.

Marg. Es que nuestro matrimonio no puede concluir así. Yo quiero mucho a mi primo

Jacin. No lo dudo; pero los deberes, las obligaciones; en fin, el casarse trae consigo una carga muy pesada: acuérdate de tu pobre tia, que en paz descanse.

Marg. Sí, ya me acuerdo: pesaba ciento catorce kilos.

Jacin. No me refiero a sus kilos, porque la pobre podía pesar muchos más, sino al cuidado de la casa, a la educación de los hijos... porque los hijos debes instruirlos, hay que darles una carrera.

Marg. Sí, sí; una carrera; yo quiero que el nuestro sea médico.

Jacin. ¡Ja, ja, ja! Muy gracioso; aun no asamos y ya...

Marg. Pues así lo tenemos acordado con Ernesto. *(Ingénua)*. ¡Será médico!

Jacin. No puede ser.

Marg. ¿Por qué, tío?

Jacin. Porque un médico en el seno de la familia es un peligro constante. Cuando no encuentra clientes para mandar al otro mundo, se ensaya con los de casa; y yo...

Marg. ¿Y usted qué?

Jacin. Que yo sería la primera víctima.

Marg. ¡Oh, qué disparate! Unicamente podrá decirlo cuando le haya matado: esto es lo lógico.

Jacin. De acuerdo; pero en este caso yo reniego de la lógica, ¡caray, caray!

Marg. (*Acercándose muy cariñosa a Jacinto*). Basta, basta. Escúcheme: yo le diré: Ernestito, ven.. porque el niño se llamará como su padre.

Jacin. (*Riendo*). ¿También está acordado lo del nombre?

Marg. Hace muchísimo tiempo. Pues como decía (*Acariciando a Jacinto*), le diré: ríe, monín; dame un beso, rico, anda. ¡Oh, qué hermoso está el nene!

Jacin. (*Complaciente*). Sí, sí; muy bien; pero yo no soy un crío de cuatro meses.

Marg. (*Insistiendo*). Y le diremos: este señor es mi tío; pídele un bombón, muchos bombones.

Jacin. Dos o tres libras de bombones,

Marg. Y usted siempre le dará golosinas, y después... después...

Jacin. Después aceite de ricino para quitarle el empacho.

Marg. No hablemos de eso, porque él no tomará medicinas nunca.

Jacin. Es verdad; se me olvidaba que el niño será médico.

Marg. ¡Ah, usted se burla de mí! (*Contrariada*).

Jacin. Vaya, me estoy convenciendo que todo sería inútil. No te pongas así, que ahora voy a darte una noticia muy agradable.

Marg. (*Muy rápido.*) ¡Que hoy llega!

Jacin. ¿Quién, el niño? (*Riendo.*)

Marg. (*Ruborizándose*). ¡Oh, qué disparate! Ernesto, mi primo, quiero decir.

Jacin. Acabo de recibir un telegrama.

Marg. (*Muy contenta*). ¡Quiero verle, oh, quiero verle!

Jacin. Está en la mesa del despacho. Además, es suficiente que yo te lo diga: hoy llega Ernesto.

Marg. Tiene usted razón; y dígame: llegará esta mañana?

Jacin. En el tren de las nueve cuarenta.

Marg. (*Consultando el reloj*). Faltan diez minutos escasamente. ¡Oh, qué felicidad así que lo vea!...

Jacin. ¿Qué es lo que harás, vamos a ver?

Marg. Le haré la mar de... Digo, le diré la mar de cosas. ¿Cómo estás? ¿Que tal el viaje? Descansa... ¿Tomarás algo?... En fin.

Jacin. ¿Y nada más?

Marg. Nada más. Beberemos *champagne* y después, cuando usted se vaya al casino, nosotros pasaremos al salón.

Jacin. Hasta aquí muy bien.

Marg. Y en el piano tocaré aquella deliciosa sonata de Mozart que a Ernesto le gustaba tantísimo.

Jacin. ¿Cómo se titula?

Marg. «Música de besos»

Jacin. (*Rápido*) ¡Caray, no me resulta!

Marg. Es una fantasía en *si* menor.

Jacin. Pues, no, no; hay que suprimirla a la carrera en *no* mayor.

Marg. ¿Por qué, tío? Es una música finita, alada, sublime, la «Música de besos». Tiene un final preciosísimo.

Jacin. No me hables del final, porque si la sinfonía empieza con «Música de besos», Dios me libre de pensar cómo terminaría el concierto.

Marg. Ah, no sea usted así. Unicamente le besaré a la llegada.

Jacin. ¡Atiza! Llegar y besarle.

Marg. Y eso ¿qué tiene de particular? Yo he sido educada en París, y allá los primos se besan.

Jacin. Oh y los que no son primos se besan mucho más todavia; pero aquí no estamos en París.

Marg. Pues debíamos estar; hace dos años que no le he visto a mi primo.

Jacin. No importa: te lo prohibo en absoluto hasta el día de la boda.

Marg. ¡Tío, no sea usted tan... tan!...

Jacin. Tan tío ¿verdad? Pues lo soy; la moral ante todo: yo no permito ciertas cosas en mi casa.

Marg. Bueno, no le besaré.

Jacin. ¿Y cómo me constará? Ernesto está para llegar, yo debo entrar a vestirme y si mientras...

Marg. Póngame usted un escrito aquí (*Indicando los labios*) que diga: *vedado*.

Jacin. No tanto; pero me ocurre una idea parecida.

Marg. ¿Cuál?

Jacin. (*Cogiendo la cajita de betún*) Voy a ponerte una señal en los labios. Una línea perpendicular aquí mismo

Marg. ¿Con esto? ¡Ja, ja, ja! Qué ocurrencia.

Jacin. Sí; con un poco de betún. Escúchame, que no te pesará la prueba.

Marg. Diga usted.

Jacin. Si cuando yo vuelva conservas intacta la manchita de betún, podrás casarte dentro de un mes, y si, por el contrario, aparece borrada, será señal de haberle besado y entonces, como castigo, no te casarás con Ernesto hasta el año que viene.

Marg. ¡Hasta el año que viene! Sería imposible esperarnos tanto. (*Decidiéndose*). ¡Acepto!

Jacin. Mejor para tí.

Marg. ¿Pero y voy a presentarme delante de Er-

nesto con una mancha negra en los labios? ¿Qué dirá de mí? ¿Qué pensará?

Jacin. Le dices que ha sido cosa mía. Un capricho del tío.

Marg. Sea: me taparé con el pañuelo. (*Margarita se dirige al foro para cerciorarse que están solos*).

Jacin. (*Aparte*) Afortunadamente aquí no hay espejo ninguno. Con la punta del dedo simularé la señal en sus labios; ella se creerá que en efecto la lleva y no le dejará acercarse a media legua siquiera. (*Alto*) Vamos, loquilla, ven acá.

Marg. Aquí estoy, y no me ponga usted demasiado fea.

Jacin. Será una escena graciosa.

Marg. Un paso de comedia, efectivamente.

Jacin. (*Hace como que moja el dedo en la caja de betún, y sacándole completamente limpio, traza una línea perpendicular que abarca el labio superior e inferior de Margarita*). ¡Ya está! Si la señal desaparece, un año de penitencia.

Marg. Y si la conservo en su sitio...

Jacin. Lo dicho: a la Vicaría en seguida.

Marg. Pierda usted cuidado que no desaparece; es este un sacrificio que trae consigo nuestra felicidad.

Jacin. De tí depende. (*Aparte*) Cree firmemente que lleva la marca de betún. (*Mutis por la derecha.*)

ESCENA III

Margrrita, *sola*

(*Tapándose la boca con el pañuelo, demostrando gran cuidado para no borrar la señal que ella cree llevar*). Debo parecer detestable, una especie de payaso de circo, una mascarita cursi. Pero qué le vamos a hacer si mi tío es así? No obstante, yo ganaré la apuesta; pero cómo le digo a mi primo que no puedo darle un beso siquiera, después de dos años que no le he dado ninguno?

ESCENA IV

Margarita *y* Ernesto

Ernes. (*Entrando por el foro muy decidido y con los brazos abiertos*). (*Gritando*). ¡Margarita! ¡Por fin! ¡Ven a mis brazos!

Marg. (*Dando un grito*) ¡Oh! ¡Ernesto, no te acerques! (*Volviéndose de espaldas*).

Ernes. (*Asombrado*). ¿Por qué? ¿Qué ocurre?

Marg. Nada; pero por Dios, no adelantes un paso más.

Ernes. ¿Qué ha sucedido aquí?

Marg. (*Apar.*) Y si me descubre la mancha, me aborrece para ciempre.

Ernes. (*Apar.*) No quiere mirarme. (*Alto*) ¡Soy tu primo! ¿Así recibes a tu futuro esposo? Responde.

Marg. (*Aparte*) ¡Pobre Ernesto! (*Alto*). Tienes razón. Pero si tú supieras lo que ocurre...

Ernes. Dí qué ocurre, porque esto es horrible. (*Intenta acercársele*).

Marg. (*Impidinédoselo*) Te lo suplico: no te acerques. Sería la causa de nuestra desgracia.

Ernes. ¡Cielos, ya no me quiere! (*Paseando muy agitado*).

Marg. (*Mirándole sin que él lo note*). ¡Oh, qué hermoso está! Mucho más guapo que dos años atrás.

Ernes. (*Aparte*). Y parece ocultar algo con las manos. ¡Algún retrato quizás!

Marg (*Aparte*). Y no poder estrecharle la mano siquiera.

Ernes. Margarita, tú me ocultas algo; pero yo lo he descubierto.

Marg. (*Desolada*). ¡Dios mío, me habrá visto la señal.

Ernes. ¿Dónde está mi tío?

Marg. Él tiene la culpa de todo.

Ernes. (*Horrible presentimiento*) ¡Si se habrá enamorado de mi tío!

Marg. (*Siempre de espaldas*). Tú sabes lo original y caprichoso que él es.

Ernes. ¡Pero esto sería un capricho infame!
Marg. Yo no lo queria; pero ha insistido tanto, que finalmente...
Ernes. ¡Oh, que finalmente has caído! ¡Pobre primita de mi alma!
Marg. ¡Claro! He accedido a todo.
Ernes. ¡A todo! ¡Qué barbaridad!
Marg. Y lo hice por tí... por tu cariño, precisamente.
Ernes. (*Fuera de sí*) ¡Muchísimas gracias!
Marg. Así podremos casarnos enseguida: nuestro tío lo ha prometido.
Ernes. ¡Eso quisiera él!
Marg. (*Volviéndose un poco*). ¿Y tú no?
Ernes. (*Dramático*) ¡Miserable! Ah, yo me vengaré. Margarita, mírame de frente: quiero convencerme, quiero verlo, quiero cerciorarme.
Marg. No puedo, no permito que lo veas.
Ernes. El rubor asoma en tus mejillas, lo comprendo.
Marg. (*Aparte*). Yo no sé si podré aguantarme.
Ernes. Llegaba con el corazón repleto de alegrias, ofrecía mis abrazos de fuego a la que tuvo el divino dón de encender las pasiones de mi alma...
Marg. (*Aparte*) Esto se vá; me parece que vacilo.
Ernes. Soñaba encontrar unos labios dispuestos, un beso siquiera y un abrazo fuerte, muy fuerte...
Marg. (*Aparte*). ¡Ay, ay! Me parece que no aguanto más.
Ernes. Desaparecido eso, borrado del todo... ya no..
Marg. Ya no podremos casarnos hasta el año que viene.
Ernes. No me queda otro recurso que el suicidio.
Marg. ¡Virjen santa! (*Decidiéndose por momentos*).
Ernes. (*Declamando*) ¡Moriré! Y al exhalar el último suspiro será para repetir dulcemente, cariñosamente, el nombre de Margarita, que ya no arrancará de su piano, para mí, el sublime aleteo de picardías de la encan-

tadora sonata de Mozart «Música de besos».

Marg. (*En un arranque, rápidamente va hacia él y le besa en la frente*). ¡Ya está! Ahora ven a mis brazos

Ernes. (*Muy asombrado*) ¿Y eso qué significa?

Marg. Que no he podido contenerme: nos tocará esperar un año más.

Ernes. No te entiendo.

Marg. No tengo nada en los labios, ¿verdad?

Ernes, Nada obsolutamente.

Marg. Claro, la señal ha desaparecido (*Cambiando de tono*).

Ernes. No acierto a comprender: explícame. (*Intrigado*)

Marg. Mi tío, tú ya conoces su carácter estrafalario, para evitar que yo te besase, me ha puesto una rayita negra aquí mismo, diciéndome: si la conservas intacta, dispondremos la boda en seguida, y si aparece borrada, prepárate a sufrir un año de penitencia.

Ernes. (*Riendo*). ¡Ja, ja, ja! Si yo creí que se trataba de otra cosa mucho peor; esto se remedia enseguida.

Marg. Pues esto es todo. Ya lo sabes.

Ernes. Entonces podemos arreglarlo divinamente.

Marg. ¿Cómo?

Ernes. Ahora lo verás. ¿La señal de los labios con qué te la ha hecho, con un lapiz?

Marg. (*Cogiendo la cajita y dándole a Ernesto*). Con el dedo mojado de betún, figúrate, con esto.

Ernes. ¡Cochino!

Marg. Y al besarte, naturalmente, se me ha borrado la señal.

Ernes. Pondremos otra en el mismo sitio y asunto concluido El tío no descubrirá la trampa.

Marg. Exacto: y no se me había acudido una cosa tan sencilla. Ernesto, perdóname el mal rato.

Ernes. Ahora mi alegría es mucho mayor. Indícame el sitio.

(Ernesto moja el dedo en la cajita, que contendrá forzosamente un colorante muy negro,

para que pueda perfectamente notarse desde el público la raya que le marcará en los labios).

Marg. Aquí, perpendicularmente. (*Indicando*).

Ernes. (*Haciéndole una línea muy pronunciada*) Bueno, ya está la señal donde estaba anteriormente. ¿Hay algún espejo por aquí?

Marg. Ninguno. ¿Por qué?

Ernes. Para reirte tu misma del efecto.

Marg. Muy ridículo, ¿verdad?

Ernes. Muy coquetón. Ahora tu carita de cielo parece una manchita de sol, atravesado por una ligera nubecilla.

Marg. ¡Pobre tío; y con cuánta facilidad le habremos engañado!

Ernes. Cállate, que allá viene.

Marg. Oye: me pondré de espaldas y se creerá que no llevo la señal.

Ernes. Y le haremos rabiar, porque se figurará que ha ganado la apuesta.

Marg. Y nosotros nos reiremos la mar. (*Se vuelve de espalads, ocultando la señal con el pañuelo*).

ESCENA ULTIMA

Margarita Ernesto *y* Jacinto

Jacin. ¡Oh, mi querido Ernesto! Ven a mis brazos! (*Abrazándole*).

Ernes. Y cuánto me tardaba verles a ustedes.

Jacin. Lo suponía, y a Margarita principalmente.

Ernes. A los dos; ella precisamente no me ha recibido como otras veces.

Jacin. ¿No? Pues no sé por qué me figuro que habrá perdido la apuesta.

Marg. (*Volviéndose rápidamente y mostrándole la señal*) ¡La he ganado, tío; fíjese usted!

Jacin. (*Riendo a carcajadas*). ¡Ja, ja, ja! ¿Y qué diablo de pintura llevas aquí? ¡Ja, ja, ja!

Marg. La señal de betún que me ha puesto usted.

Ernes. Eso me ha dicho.

Jacin. ¡Ja, ja, ja! Has caido en la trampa.

Marg. ¿Por qué? (*Sospechando*).

Jacin. Porque yo, con intención, no te había puesto nada absolutamente. De modo que la marca del betún, la habéis puesto vosotros, descubriendo de manera admirable los besos que le has hecho a tu primo.

Marg. (*Consternada*). Uno nada más.

Ernes. (*Consternado*). ¡Y aun en la frente!

Jacin. Menos mal. ¿Y por qué se lo dabas?

Marg. (*Meditando un instante*) Para salvarle la vida y recordando que usted me dice a veces que para arrancar a un hombre de las garras de la muerte todo sacrificio es poco. Con un beso mío se ha salvado Ernesto: hé aquí mi sacrificio.

Jacin. ¿Es cierto todo eso?

Ernes. Ciertísimo.

Marg. ¡Como que pensaba suicidarse mañana mismo!

Jacin. Así no me queda otro recurso que evitar el peligro de que se mate mañana.

Marg. ¿Cómo?

Jacin. Disponiendo la boda cuanto antes.

Ernes. Oh, gracias, tío. (*Muy contento*).

Marg. Que bueno es usted: yo quiero darle un beso.

Jacin. No, que me pondrás negra la frente

Ernes. No tema usted, porque si los besos dejaban huellas negras en la cara, veríamos a muchísima gente con el semblante lleno de manchas.

Marg. ¡De acuerdo! ¿Verdad, tío?

Jacin. (*Muy afable*). Naturalmente: con vosotros no hay desacuerdo posible.

Marg. (*Al público*):

Si se prodiga en exceso
porque no deja señal,
será sin duda por eso
que es una música el beso
de repertorio mundial.

TELON

Obras de Juan Mallol

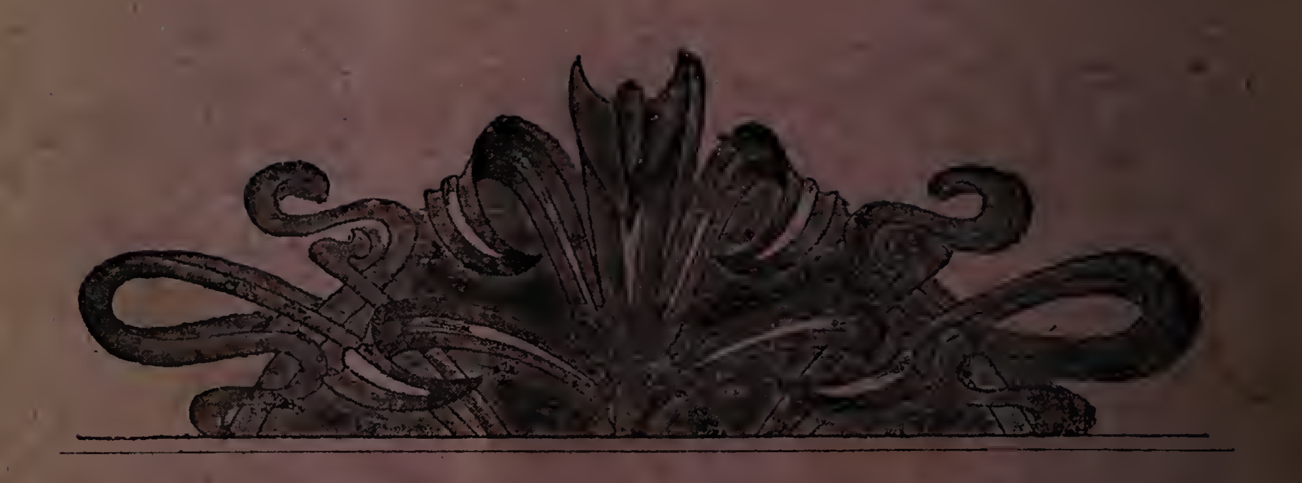
CASTELLANAS

EL PAJARILLO VERDE, zarzuela en un acto y tres cuadros, música de los maestros Martínez y Rovira.
LAS BOMBONERAS, zarzuela en un acto y tres cuadros, música del maestro Rovira.
EL ILUSTRE DOCTOR, zarzuela en un acto, música del maestro Aleu (1 mujer y 5 hombres).
AL DAR LAS DOCE, zarzuela en un acto, música del maestro Gener (2 mujeres y 2 hombres)
EL NIÑO LLORÓN, entremés (1 mujer y 1 hombre).
EL MARIDO IDEAL, humorada (1 mujer y 2 hombres).
EL AMIGO LÓPEZ, humorada (1 mujer y 2 hombres).

CATALANES

¡MATRIMONI!, monólec en vers (1 home).
¡JA ESTÁ FET!, monólec en vers (1 home).
EL SABATER DEL CANTÓ, joguina en un acte (1 dona i 3 homes).
LA TARGETA POSTAL, pessa en un acte (1 dona i 4 homes).
LA MALALTIA DE MODA, humorada en un acte (1 dona i 5 homes).
L' ESTRIPA QUENTOS, entremés (1 dona i 2 homes).
LA CORDA SENSIBLE, diálec cómic (1 dona i 1 home).
L' ONCLE BENET, pessa en un acte (homes sols).
LA MALETA DEL ONCLE, humorada en un acte (1 dona i 3 homes).





Precio: UN REAL

